

## EDITORIAL

# Héroes olvidados

Imaginen un país donde los hombres de las Fuerzas Armadas exponen a diario sus vidas en sangrientos combates. Donde en el Batallón de Sanidad del Ejército se recuperan unos 600 soldados. Donde el año pasado ofrendaron su vida al servicio de la patria 589 soldados y 1.889 resultaron heridos. Donde decenas de familias viven sumidas en la tristeza cuando han perdido hasta dos y tres hijos en la guerra, o presencian a los que han sobrevivido a esta con problemas mentales o lisiados para siempre.

Ese país es Colombia. Por eso es más que justa, merecida y necesaria la ley que este martes honra la memoria de los militares caídos y busca aliviar en algo el drama de los heridos y sus familias. Que en su mayoría son del campo y de origen humilde. Son esos hijos los que se convierten en la esperanza de unas familias pobres, hasta que caen heridos o muertos en un combate y regresan lisiados o en un ataúd envuelto en el tricolor nacional.

Hay que celebrar, entonces, la aprobación de la Ley 913 del 2004, que establece el 19 de julio como el Día de los Héroes de la Nación y sus Familias, como lo tienen otros países: Il Glorno dei Caduti, en Italia; el Día de los Caídos, en España o el Memorial Day, en Estados Unidos, entre otros. La norma es producto del esfuerzo desprendido e incansable del actor Rodrigo Obregón, creador en 1990 de la Fundación Colombia Herida, para aliviar con estímulos y apoyos a los soldados y policías heridos y a sus familias. Gracias al entusiasmo que le pusieron el senador Jairo Cloopatofsky y el representante a la Cámara general (r) Jaime Ernesto Canal, ahora hay una razón más para hacer un reconocimiento a ese batallón de colombianos —soldados y policías— que han sido heridos por defender la libertad de sus compatriotas.

Se ha hecho un poco de justicia. Se ha subsanado ese olvido histórico y casi ingrato con los mártires de la patria, quienes a diario, por convicción o conscripción, defienden el orden democrático ante sus enemigos armados. Lástima, sí, que el proyecto original, que tenía más respaldo efectivo en asistencia social, como salud, vivienda y educación para los hijos huérfanos de los soldados, haya sido recortado en su trámite por el Congreso. Pero las leyes son reformables y nunca es tarde para que el Estado haga estos actos de justicia.

La ley, en todo caso, es un paso grande en procura de un reconocimiento institucional a quienes han quedado lisiados o mutilados mientras empuñaban las armas de la República. Y hay que celebrar que la Dirección Nacional de Estupefacientes haya donado un edificio de cinco pisos, donde la Fundación Colombia Herida construirá su centro de rehabilitación y hogar de paso. Una gran iniciativa, pues allí se podrá atender a unos 50 hombres, y se recibirá a aquellas familias que llegan desorientadas y abatidas, además de prestarles ayuda anímica y asesoría psicológica y jurídica.

Este martes tendrá lugar al mediodía el primer homenaje oficial a los soldados en la Plaza de los Caídos de Bogotá, con eco a nivel nacional y muy seguramente con la presencia del presidente Álvaro Uribe. Esas banderas que se izarán a media asta allí y en los edificios públicos —y ojalá en todos los hogares colombianos— serán motivo de orgullo y de coraje para tantos lisiados por minas antipersonas y por balas enemigas.

Muchos de ellos aún esperan que el Estado les reconozca una pensión que les alivie adecuadamente las diferentes incapacidades físicas que los afectan. Ellos sí que se la merecen. Mucho más que las excesivamente jugosas que reciben tantos privilegiados por el Estado.

**Una ley que ha subsanado el largo olvido histórico con los mártires uniformados de la patria.**

## Terroristas del mismo barrio

Después del horrible acto terrorista en Londres, que dejó más de 50 muertos, una nueva pesadilla se ha hecho realidad para los ingleses: los autores de los atentados suicidas eran jóvenes británicos, nacidos en territorio insular europeo, criados en barrios tan clásicos como Leeds, educados en escuelas y colegios londinenses, hablantes de un perfecto inglés, portadores de cédulas de identidad y pasaportes británicos e hinchas de equipos de fútbol metropolitanos. La diferencia es que se trataba de extremistas islámicos pertenecientes a familias de origen paquistaní. Acostumbrados a ver llegar el peligro de otros continentes, los británicos no esperaban que los asesinos salieran de su propia entraña. Hoy enfrentan la impactante realidad. "Tomará un tiempo aceptar que estas atrocidades han sido cometidas por personas nacidas y formadas en nuestro propio medio", señaló, atribulado, el líder de la oposición conservadora, Michael Howard.

Pero si la noticia sobre el origen doméstico de los criminales constituye un traumatismo para los británicos, lo es doblemente para la comunidad británica musulmana, de la que forman parte 1 millón 600 mil ciudadanos y representa el 3 por ciento de la población. Gran Bretaña se ha preñado siempre —y con razón— de ser una sociedad multirracial y plurirreligiosa. Que este ambiente de tolerancia haya engendrado los cuatro —quizás cinco— fanáticos que murieron matando a sus compatriotas el 7 de julio es una puñalada contra los valores en que

cree la casi totalidad de los ciudadanos. El efecto resulta demoledor para los propios musulmanes y ha suscitado una cíclica reacción antiislámica en Inglaterra, que suma ya más de 300 ataques contra personas o símbolos de esa religión. Uno de ellos acabó con la muerte de un visitante paquistaní, bárbaramente apaleado en Nottingham mientras le gritaban "¡talibán!".

Los atentados de Nueva York y Madrid fueron perpetrados por terroristas desplazados desde fuera con el fin de cometer los ataques. Esto originó las medidas de seguridad extremas que desde entonces imperan en materia de pasaportes, visas y aeropuertos. Pero, ¿qué hacer cuando los terroristas son los hijos del vecino, estudiantes de la escuela del barrio, compañeros de tribuna en el estadio? Los británicos enfrentan hoy esta pregunta, que también se plantean los países con comunidades islámicas. Otras preguntas se refieren a las circunstancias que convierten a un chico normal y afable, como son casi todos los musulmanes, en un integrista religioso. Ya empieza a conocerse la historia personal de tres de los terroristas: Schezad Tanweer, de 22 años; Hasib Hussain, de 18, y Mohamed Khan, de 30 y padre de un bebé. Eran como los demás. Y poco a poco se hundieron en una desviada interpretación religiosa. De allí salieron un día dispuestos a matar a sus propios paisanos. Todo un tema de reflexión.

editorial@eltiempo.com.co